



CyP

Revista Cambios y Permanencias
Publicación multi e interdisciplinar
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol.11, Núm. 1, pp. 1254-1276-ISSN 2027-5528

Reflexiones sobre la más reciente modernización de la cultura azucarera cubana. Experiencias de una autora y su teoría

Notes on the newest modernization of Cuban sugar culture. About Author's experiences and her theory

Ana Vera Estrada

Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello
Facultad de Comunicación, Universidad de la Habana, Cuba

HARE D
Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación



Universidad
Industrial de
Santander

Universidad Industrial de Santander / cambiosypermanencias@uis.edu.co

Reflexiones sobre la más reciente modernización de la cultura azucarera cubana. Experiencias de una autora y su teoría

Ana Vera Estrada
Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello
Facultad de Comunicación, Universidad de la Habana, Cuba

Doctora en Filología, Universidad de la Habana y Universidad Carolina de Praga.
Investigadora titular. Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello.

Profesora titular: Facultad de Comunicación, Universidad de la Habana, Cuba.

Correo electrónico: ave@cubarte.cult.cu;
avestrada2018@gmail.com

Resumen

El cierre de centrales azucareras es una estrategia conocida en los países productores de azúcar de caña. En el siglo XX Cuba transitó por varios procesos de ese tipo, explicables por cuestiones relacionadas con cambios tecnológicos y estrategias mercantiles, y a principios del año 2002 se decretó un nuevo proceso de concentración de la industria que abarcó la mitad de todas las fábricas existentes en aquel momento, un total de 70 de ellos, lo cual fue considerado el recorte más importante de todos los mencionados. En el trabajo se narra la experiencia de investigación en dos de esos centrales, situados en provincias del Occidente de la Isla, Artemisa y Matanzas, y se retoman detalles del debate social que desencadenó la medida, así como de la escasez de fuentes disponibles para estudiar los orígenes de la crisis y el impacto social alcanzado. La investigación utilizó la teoría de la historia oral, idónea

para el estudio crítico de procesos socioculturales en marcha. Dicha teoría apuesta por las historias de vida y la transcripción de entrevistas profundas donde un grupo de trabajadores relata sus impresiones y valora los hechos desde su perspectiva. Otro de los aportes de interés es la reflexión sobre las transformaciones recientes de la cultura tradicional azucarera cubana.

Palabras clave: historia oral, cultura azucarera, investigación cualitativa, perspectiva biográfica, Revolución Cubana

Notes on the newest modernization of Cuban sugar culture. About Author's experiences and her theory

Abstract

The closure of sugar mills is a known strategy in sugar producers countries. Cuba had several transitions of that kind during xx century, most of them related to technological changes and comercial strategies. In the very beginning of xxi's Century Cuban government decided to start a new industrial concentration process, which was the biggest one in more than a Century. The half of the existent factories were closed in 2002 and after. In this paper the author narrates the main trends in two of her fieldwork experiences in sugar mills researches, in Matanzas and Artemisa provinces. Both in the west part of the Island. She analyses some aspects about social debates generated by the decission and also about documental sources scarcity. The research, based on Oral History theory, was adressed to create oral sources with workers testimonies, which allows to explore sociocutural ongoing processes. Oral history theory validate life histories and collectif interviews where several narrators talk about their life under the new conditions. Reflections on traditionnal Cuban sugar culture are between the most important conclusions of this work.

Keywords: oral history, sugar culture, qualitative research, biographical perspective, Cuban Revolution

Comencé a interesarme por la cultura azucarera hace quince años, un tema que motiva a numerosos científicos, líderes sociales, narradores, comunicadores, trabajadores azucareros y sus familiares, historiadores, sociólogos y muchos otros colegas, cubanos y extranjeros, provenientes de diferentes espacios. Con muchos de ellos, cada cual a su modo y desde su lugar y su tiempo, he tenido la oportunidad de discutir parcialmente partes de la historia que hoy resumo en estas reflexiones, donde aspiro a exponer para los colegas de la red latinoamericana de historiadores orales lo aprendido durante el proceso de la investigación, tanto respecto a la historia de la industria azucarera cubana como al imaginario de sus trabajadores y al oficio de historiadora oral.

Cuando me acerqué a la primera comunidad azucarera que había dejado de producir azúcar alrededor del año 2003, Cuba se encontraba en una situación delicada, propiciada por el hecho de que, ante una coyuntura económica compleja, el Gobierno Revolucionario había tomado la decisión de cerrar y desactivar setenta centrales poco productivos, que constituían aproximadamente el 50% de los 156 que habían sido expropiados a sus antiguos propietarios cuando en 1960 se agudizó el enfrentamiento con los Estados Unidos. Algunos de esos centrales habían sido construidos o remodelados por la Revolución, aunque en su gran mayoría contaban con una tecnología obsoleta y su productividad estaba por debajo de la capacidad instalada.

En el 2002, en plena euforia de la nueva política económica, el presidente Fidel Castro (2002) había dicho, en un discurso dirigido a los trabajadores azucareros que con el cierre de esas industrias todo iba a mejorar para ellos y para la economía cubana. Lo que sigue es parte de sus palabras de aliento:

En nuestro país no ha sido una tragedia tener 50 centrales sin funcionar en el año 2002. Ningún trabajador quedó sin su protección, sus ingresos, no le faltó nada. Nuestro Estado socialista podía parar 45 centrales, sin que se enterara nadie; al contrario, en los centrales azucareros mejoraron muchas cosas, han ido construyendo viviendas, han ido mejorando la alimentación de los trabajadores, han ido haciendo hasta actividades de tipo cultural, han ido organizando, han ido creando una estructura de producción de caña en condiciones que favorecen esta tarea.

Ahora lo único que hay es una decisión que paraliza definitivamente los centrales que ocasionan grandes pérdidas, y, lejos de crear problemas, conocemos la gran comprensión que han tenido los trabajadores azucareros, industriales y agrícolas.

[...]

Públicamente yo expliqué la necesidad de hacerlo, pero todo el mundo sabía que se iba a hacer una reestructuración. Entonces, sí había preocupaciones, preguntas, y ya esos problemas prácticamente están resueltos.

Ningún trabajador se afecta en lo más mínimo y, por el contrario, se beneficia considerablemente.

Por lo pronto, el país ahorra 300 millones de dólares, es como un aporte a la economía de 300 millones de dólares. Se dejan de gastar 200 y se ingresan alrededor de 100.

[...]

Tenemos todos suficiente capacidad de sacar cuentas para saber que nos colocamos en una situación donde no puede haber ningún daño, y, al contrario, se puede aprovechar cualquier ventaja.

Frente a ese hecho, numerosos habitantes de bateyes manifestaron dudas y desacuerdos en una serie de asambleas realizadas por las autoridades locales y nacionales, con la participación de vecinos, trabajadores y funcionarios. En esas asambleas, diseñadas de acuerdo a un esquema centralmente elaborado, se recogían criterios y día a día la prensa oficial, principalmente el periódico *Granma*, órgano del partido comunista de Cuba, se encargaba de informar a los lectores dónde se habían producido los encuentros, quiénes los habían dirigido, qué cantidad de preguntas se habían recogido y cuántas habían recibido respuesta satisfactoria o se mantenían a la espera.

Hasta aquí puede parecer que todo estaba bien diseñado: las máximas autoridades del país habían tomado una decisión, la estaban consultando democráticamente con los actores sociales y las estadísticas de esas conversaciones entre trabajadores y decisores se publicaban en la prensa. Pero se trataba de una consulta a medias. Los participantes eran numerosos y sus nombres no figuraban en la información pública, como tampoco se especificaba los temas tratados, ni se incluía un análisis transparente de los criterios expuestos. La información publicada podía tener un efecto tranquilizador, como era de esperar, pero muchos lectores necesitaban saber más, para entender lo que estaba sucediendo en el país.

A pedido de grupos de científicos sociales y profesionales de otros sectores se organizaron varias reuniones con autoridades del Ministerio del Azúcar, en las que participaron también artistas e intelectuales. En ellas se habló de la tradición azucarera cubana, de las razones coyunturales que motivaron el cierre, y se discutieron criterios encontrados sobre el hecho, así como sobre el procedimiento aplicado en diferentes lugares. En una entrevista con el ministro de entonces, el general Ulises Rosales, este reconoció que se había esperado lo más posible pero que la decisión era impostergable. Aunque sus

declaraciones aspiraban a devolver la confianza a la opinión pública, hubo discrepancias y en varios círculos de opinión se manejó el criterio de que lo cuestionable no era tanto la decisión en sí, sino la forma vertical y burocrática con que se había ejecutado, sin atención para las condiciones concretas de cada una de esas comunidades.

Las explicaciones políticas sobre la coyuntura internacional adversa, en momentos en que el azúcar era todavía la principal moneda de cambio, cuando el principal comprador, la Unión Soviética, que era también el primer suministrador de bienes de consumo y de materias primas, había colapsado, no resultaron suficientes, porque Cuba estaba apenas saliendo de una crisis económica profunda, que había puesto en juego la existencia misma de la sociedad, el país estaba en quiebra todavía y no se entendía por qué, de la noche a la mañana, había que destruir la principal industria y sus instalaciones, venderla por partes, quemar cañaverales y convertir en chatarra los equipos altamente consumidores de petróleo, en lugar de intentar transformarlos para su reutilización.

Los debates fueron intensos a pesar de la estrategia llamada Tarea Alvaro Reynoso, un programa nacional para enfrentar el desempleo mediante la apertura de opciones de recalificación para los obreros y sus familiares¹. Uno de aquellos encuentros, centrado en la perspectiva histórico-cultural, fue ampliamente cubierto por la revista *Catauro*, no. 11/2005 varios años después, y puede ser consultada hoy para conocer en detalle algunos temas debatidos. Fue participando en aquellas reuniones como tomé conciencia de la complejidad del problema y decidí investigarlo.

Entonces se me planteó el tema de las fuentes. La falta de información pública era un hecho insoslayable: las evidencias indicaban que se estaba produciendo una disyunción entre el discurso oficial y la opinión de las masas, las causas parecían ambiguas, la ausencia de fuentes era evidente y, sobre todo, se tenía la impresión de que se había subvalorado el impacto social enorme que la medida estaba provocando en una dimensión muy sensible de la realidad, sobre la que era difícil tomar la palabra desde la conciencia crítica. El tema era,

¹ Tarea Alvaro Reynoso es el nombre simbólico con que se conoce la política de reestructuración azucarera, cuyos principales objetivos estratégicos fueron: disminuir costos, mejorar la eficiencia, diversificar las producciones y servicios para incrementar los ingresos y sobre todo, desarrollar una agricultura sostenible para sustituir importaciones.

por lo tanto, uno de esos asuntos en desarrollo para los que la teoría de la historia oral era una alternativa teórica.

Entre las opciones posibles para abordar un conflicto en pleno desarrollo, la teoría de la historia oral² propone analizar la intersubjetividad como proceso en el que investigadores y narradores se enriquecen en el intercambio de saberes y experiencias. Para Luisa Passerini:

Lo que hacen las personas son hechos, pero también lo que sienten o piensan. Si se parte de este pensamiento, una de las contribuciones de Passerini fue quebrar la oposición entre objetividad y subjetividad, y demostrar que están interrelacionadas. Si entendemos la subjetividad como la conciencia, las emociones y las creencias colectivas, podemos plasmar que son hechos en el sentido de que *es* lo que un grupo social piensa o siente. Verificar la existencia, el ser –o sea, la objetividad (el hecho) de estas subjetividades–, requiere nuevos métodos científicos. Por eso prefiere hablar de intersubjetividad, de terreno donde se produce la interacción de dos (o más) subjetividades (Citado por Dore, E.).

Primer estudio

En el verano del año 2004 hice una visita al central donde tenía amigos y familiares, para hacer las primeras observaciones y conversar con los vecinos. A dos años de promulgada la Resolución 77/2002 del Ministerio del Azúcar sobre el cierre de los centrales ya se apreciaban los cambios. El edificio de la fábrica estaba demolido en un 85% y los herrajes (Foto 1) se amontonaban en los patios del ferrocarril, cuyos vagones, de conjunto con la maquinaria agrícola, habían sido transferidos a otros centrales destinados a continuar produciendo, las líneas habían sido levantadas y reutilizadas para construir corrales para reses en las fincas particulares (Foto 2), los tanques y equipos descontinuados podían verse en las cercanías de las viviendas, utilizados para otros fines, se decía que las oficinas del antiguo central habían sido ocupadas por inmigrantes y en verdad pude apreciar cordeles de ropa lavada en lugares no diseñados para eso (Foto 3), mientras en algunos lugares los campos de caña habían sido sustituidos por otros: arroz (Foto 4), cultivos varios y otros muchos se mantenían sencillamente improductivos.

² Pienso en la teoría de la historia oral tal como queda expresada por Lynn Abrams.



Foto 1. Demolición al 85%



Foto 2: Líneas del tren



Foto 3: Cordeles de ropa



Foto 4: Campo de arroz

Fue mucho después cuando aprendí que para sembrar alimentos en tierras de caña había que esperar varios años a que el suelo se descontaminara de la enorme cantidad de abonos químicos necesaria para mantener un cañaveral en producción. En aquel momento no sabía del mundo azucarero mucho más que un poco de la historia recogida en libros y escuchada en esporádicas tertulias familiares. De lo que sí estaba segura era de que si mi padre, niño campesino que había podido seguir estudios de agronomía en los años 40 no hubiera desaparecido, lo habría hecho en aquel momento al ver el final abrupto del mundo de su infancia.

En aquella coyuntura grabé las primeras entrevistas en las cuales me enfoqué en la historia del lugar y la trayectoria vital de varios miembros de una familia de cuyos catorce hijos solo tres habían abandonado el lugar antes de 1959, alejándose así de las múltiples labores del azúcar, mientras la mayoría de los hermanos mantenía de alguna manera su dependencia respecto a la vida del central. Parte de aquellas narrativas aparecen recogidas en un libro (*Guajiros del siglo xxi*, 2012) que, en acto de devolución organizado por la dirección del Instituto Marinello se regaló a los vecinos, en un emotivo encuentro realizado en el 2013 (Foto 5).



Foto 5: Devolución

En esas entrevistas aprendí mucho sobre la vida cotidiana y social de los azucareros, los trabajos del campo y del central, aprendí cómo en las comunidades semi-rurales asociadas a esa industria los oficios están escalonados y el que comienza su vida laboral como sembrador, cortador de caña o carretero, puede llegar a ser mecánico, electricista, o ferrocarrilero; aprendí también cómo en los bateyes azucareros predominan las familias extensas, y que las relaciones entre parientes terminan como disolviéndose en el conjunto algo mayor que es la comunidad; desarrollé mi capacidad para entender las alegrías y frustraciones asociadas al tiempo de zafra y al tiempo muerto y por qué, en esas comunidades el sentido de la vida se teje en torno a los oficios industriales y cómo todo esto genera un estilo de vida peculiar, que algunos llaman la “cultura azucarera”.

Flashback

Para entender el impacto que sobre la población de los bateyes “reestructurados”³, tuvo el cierre del central, y su significado, es preciso conocer en sus grandes líneas la historia reciente de eso que hemos llamado el mundo tradicional azucarero de la modernidad, el cual tiene su origen en un sistema de relaciones sociales basado en el predominio de la propiedad centralizada de grandes latifundios, potenciada por capitales financieros criollos o foráneos y una fuerza de trabajo masiva que comenzó siendo esclava y que con el final oficial de la esclavitud en la década de los 80 del siglo XIX, fue progresivamente sustituida por trabajadores libres contratados (chinos, jamaicanos, haitianos y otros), lo cual suponía un grado más alto de especialización aunque las condiciones de trabajo, sobre todo en el campo, se mantuvieron con poco cambio durante la primera mitad del siglo XX.

Quiero decir que la particular relación simbiótica entre el hombre y su trabajo a la cual he hecho referencia más arriba, había cuajado desde que a fines del siglo XIX y en los primeros años del XX se generalizará la sustitución del trabajo esclavo por libre, por necesidades derivadas de la modernización de la tecnología, proceso simultáneo con el final de la esclavitud.

Cuando a principios de los 60 el Gobierno Revolucionario nacionalizó los centrales de propietarios extranjeros e intervino los de dueños nacionales, como respuesta a la situación

³ Este concepto alude a la conversión de los bateyes azucareros en comunidades agropecuarias, por decisión centralizada que se derivó del cierre de centrales.

límite en que se encontraba el sistema cubano de relaciones internacionales, se convirtió en propietario y administrador único de toda la industria azucarera y en el principal empleador de una fuerza de trabajo masiva, merecedora de ser favorecida por políticas de humanización paulatina de las condiciones de trabajo, sobre todo en el campo; las labores agrícolas en los campos de caña adolecían no sólo de condiciones pésimas, sino también las peor remuneradas.

Las políticas de humanización paulatina de esas labores y el mejoramiento de la vida en los bateyes incluyeron la construcción de viviendas de modelo semiurbano, el mejoramiento de las redes viales, la urbanización de la vida mediante la ampliación y mejoramiento de los servicios de agua, electricidad, teléfono y el diseño de planes abarcadores de formación profesional, entre las medidas más importantes. La transformación de los bateyes no se hizo esperar y la producción azucarera cubana se duplicó en apenas diez años, hasta convertirse en el eje en torno al cual giraba toda la economía del país.

Cuba había sido un país neocolonizado, dependiente casi exclusivo del comercio azucarero con los Estados Unidos. El Gobierno Revolucionario se había propuesto dignificar la posición cubana como país independiente, lo cual suponía también la necesidad de diversificar la economía, pero el sistema de relaciones internacionales renovado después de 1959 no había favorecido la diversificación, sino por el contrario, la potenciación del comercio azucarero, principal fortaleza de nuestra economía en la coyuntura de los 60, cuando la prioridad era posicionarnos lo más rápidamente posible en el nuevo escenario político internacional.

La modernización imprescindible provocó un vuelco progresivo del mundo tradicional azucarero que ya a la altura de 1989, cuando desaparece la Unión Soviética, había alcanzado su ápice y por lo tanto estaba abocado a una recesión, que era no solo expresión de una coyuntura poco favorable, sino también del progresivo vaciamiento del campo como resultado del envejecimiento de la población residente, de la política de recuperación y centralización de las tierras azucareras y de los horizontes abiertos por la euforia de un proyecto social que miraba al futuro lejano, que apostaba a la integración plena de jóvenes y mujeres a la dinámica de opciones de estudio, trabajo y participación social de todos.

Imposible esbozar siquiera la sucesión de momentos significativos de la trayectoria secular del azúcar en Cuba. Para ello remito a la acuciosa labor de nuestros maestros de la

historia azucarera: Ramiro Guerra, Manuel Moreno Fragnals, Juan Pérez de la Riva, Roland T. Ely, Oscar Zanetti, Gloria García, Alejandro García, Mercedes García, Juan Valdés Paz. La rápida síntesis elaborada, no pretende ser otra cosa que un recordatorio de aspectos a no olvidar en esta exposición destinada a crear una base de entendimiento adecuada para lo que voy a exponer, basándome fundamentalmente en mi experiencia de intercambio de conocimientos con personal azucarero, esos seres humanos a quienes pregunté sobre sus vidas en un lugar de la provincia de Matanzas entre el 2004 y el 2007.

Enfoque biográfico. Aprendizajes

La vida personal de un azucarero residente en un batey se diluye –como ya apunté– en la de la comunidad. Ser vecino, amigo, pariente, o compañero de trabajo, conversaciones y fiestas, oportunamente acompañadas de ron cubano, es casi lo mismo en esas comunidades donde el tiempo social y el tiempo individual forman uno solo y el mismo, y está regido por los cambios de turno en el central. Tanto es así que, en días de acontecimientos públicos de la localidad como el nacimiento o el fallecimiento de alguien, un accidente de tránsito, un matrimonio o una fiesta de quince, no se habla de otra cosa en las casas y oficinas del batey.

Lo que he llamado el mundo tradicional azucarero de la modernidad podría verse como una construcción teórica quizás un tanto arbitraria por mi parte, si nos mantenemos en el terreno de lo general, moviéndonos únicamente en el perfil de los grandes relatos azucareros, ampliamente difundidos y posicionados, para los que esos contextos locales concretos que me sirven de sustento, carecen de relevancia. En esos relatos, generalmente centrados en los grandes asuntos de la literatura histórica (la esclavitud, la lucha de clases, el género, la economía nacional, etc.), quedan a menudo aplanados, invisibilizados, descontextualizados respecto a las variaciones geográficas, regionales, temporales, económicas, raciales, sociales, políticas, tecnológicas y culturales que distinguen, que diferencian, a las personas y a los procesos.

En este trabajo, que carece de pretensiones de generalidad, intento aproximarme a una definición de lo que entiendo por “cultura azucarera” partiendo, justamente, de algunas de las matrices de diferenciación mencionadas, y desde la experiencia acumulada en el trabajo con fuentes orales.

Lo cultural, en el caso del mundo azucarero, efectivamente, se define por un sustrato particular constituido a partir de la relación que establece el ser humano con su trabajo y con

el lugar donde vive, sea cual sea su perfil ocupacional y el consumo de bienes culturales que su lugar de residencia le garanticen. Como se puede apreciar, parto de las diferencias geográficas, históricas y personales, concretas, que caracterizan a los narradores entrevistados, para esbozar un concepto muy abarcador que desde el enfoque biográfico se ilumina y adquiere una dimensión particular que es también representativa de la dimensión general.

Es en esa tesitura fenoménica/general, en la que se deben explicitar las narrativas personales para entender –y compartir- el drama humano que se pulsa cuando hombres y mujeres hablan sobre el cierre de su central. Para ellos no se trata sólo de analizar la situación coyuntural, nacional e internacional, que impone la necesidad del cierre, sino de captar cómo en el cierre resulta involucrada la vida toda de la persona que narra, de sus padres, sus hijos, sus vecinos, sus conocidos y de todo su mundo. Ese es el verdadero drama, el del quiebre de una memoria a la vez personal, familiar y comunitaria, base de una identidad definida, compartida y conocida como identidad nacional cubana.

Una mujer jubilada⁴ evoca con particular intensidad la complejidad de la disyuntiva ante la cual se encuentra, tal como la estaba sintiendo en el momento de la entrevista, y expresa de manera clara su concepción del micromundo azucarero frente al macromundo cubano:

Un central [...] viene siendo como una cosa particular [...] no como ustedes, que viven en una ciudad o en un pueblo. La vida siempre en un central gira [...] en dependencia del central, de la fábrica como tal, la vida para todo depende de ahí [...] en todos los sentidos, que sea monetariamente, material, (o) si te hace falta un servicio, una carpintería [...] Pero bueno, el temor de todo el mundo es ese, que el día que esto ya lo desmantelen no quede nada, entonces, nadie va a tener, no sé... es como (estar) desamparados [...] Habría que preguntarle a más gente. Ya tú viste, hablaste con otra gente y te dieron la misma opinión ¿no? La gente se queda como desamparada...siente que perdió algo, algo grande [...] En realidad, todo es muy bonito, la verdad, la economía del país no podía sufragar eso, pero es que no lo entiendo tampoco, porque hasta ahora el país se mantenía con el azúcar, y entonces, por ejemplo, ya esto tenía sus inversiones

⁴ Nacida en 1949. Entrevista de la autora en un central de Matanzas, 6 de abril 2004. Los fragmentos seleccionados se reproducen textualmente de acuerdo a como figuran en los documentos originales archivados en el archivo personal de la autora. Sólo se han eliminado reiteraciones cansonas y digresiones, y en ocasiones se ha cambiado intencionalmente el tiempo verbal en las narrativas (usualmente referido en pasado, considerando que los acontecimientos narrados ya habían ocurrido) para acentuar el valor general de los testimonios seleccionados. En algunos casos se agregan elementos entre paréntesis para explicitar mejor el texto destinado a los lectores. Estas aclaraciones son válidas para todos los testimonios citados en este trabajo.

hechas. No había que hacer inversión ninguna, el cachimbo este molía caña y sacaba azúcar, entonces por eso es que es muy difícil que al trabajador azucarero tú le metas en la cabeza de que esto está bien hecho y de que ellos ganaron y que van a vivir bien.

En un lenguaje sencillo y profundo, esta mujer expresa la distancia creciente entre un micro y un macromundo, entre un mundo detenido y otro que continúa su marcha, una disyunción que contribuye a profundizar la distancia social entre los habitantes de uno y otro, entre el batey reconvertido y la capital inmersa en un mundo rápidamente cambiante. La parálisis, sin embargo, no es total, es espacial, pero no mental, y en su capacidad para identificar argumentos que expliquen lo que sucede, se adentra en un problema cultural de alta complejidad y evidencia su conocimiento de los dos mundos. La capacidad para nombrar su circunstancia es fuente de una angustia doblemente dolorosa, que es la verdadera esencia del problema debatido.

A otra persona⁵, un técnico agrícola, con quien dialogué mientras trabajaba en la recuperación de una parcela abandonada donde sembraba árboles y fomentaba varios cultivos para el consumo familiar (Foto 6), le pregunté cómo había aprendido el oficio de agricultor y me respondió:



Foto 6: Finca de baldo

⁵ Nacido en 1970. Entrevistado por la autora 6 abril 2004.

La necesidad me enseñó a trabajar [...] mira, yo me crié en el campo, el tío M. a nosotros nos ha enseñado mucho desde que [...] empezamos a salir, [...]prácticamente nos criamos debajo de él [...] Él es el que nos ha enseñao /sic/ [...] Yo tenía diez años cuando mi papá murió, y (muy) poco puedo yo haber aprendido de él [...] (El tío) Nos ha enseñado el tiempo en que se siembra, cómo se siembra cada cosa...poco a poco hemos ido sembrando y hemos ido aprendiendo su experiencia, preguntando, así, hemos sabido hacer las cosas...

Para quienes trabajan la tierra con sus manos –no he dialogado con operarios de equipos de alta tecnología aplicados a la agricultura cañera- el concepto de cultura mantiene su sentido prístino, el que asocia la cultura con el trabajo agrícola. Una mujer vinculada a una cooperativa de producción agrícola⁶ se refirió a las “atenciones culturales” que requieren los campos de caña y, antes de sumergirse en una explicación detallada del trabajo que, por no hacerse de acuerdo a la experiencia, había desembocado en la ruina de la agricultura cañera que acentuó la crisis de los noventa, afirmó: “la caña lo primero que lleva son atenciones culturales”. Con ese concepto y la explicación que sigue, se entiende que para que un campo de caña se mantenga y produzca durante muchos años sin resembrarlo totalmente, es preciso atenderlo. Ella explica cómo se debe hacer y lo que ocurre cuando no se respeta el proceso productivo indicado por la experiencia acumulada por los campesinos, con lo cual acaba refiriéndose a la diferencia entre el cuidado que da un pequeño campesino a su tierra y el que da a las tierras estatales un obrero agrícola, no involucrado de la misma manera en la producción de caña. Ella lo narra en términos de sabiduría ancestral reforzada por sus estudios de técnico medio en agricultura cañera, no exenta de poesía:

Te estoy hablando de que se está cortando el campo de caña y según se va cortando [...] tienes que irle atrás con el cultivo y la fertilización. Lo ideal en el proceso de la caña es: tú vas cortando [...] con la combinada y atrás de esa caña va el cultivo de la próxima cepa...

[...]

Te estoy hablando de rehabilitación de esa misma cepa, (no de) sembrar de nuevo, lo que te hablé anteriormente de los troncos y eso, era la rehabilitación de (la) cepa, porque todos los años tú no puedes sembrar, (la) cepa se siembra un año y te dura si tú (la) cuidas [...] y la cultivas (Eso) es rehabilitar el suelo, moverlo [...] entre hilo de caña e hilo de caña...

[...]

P: ¿Por eso empeoraron las condiciones de los campos?

⁶ Nacida en 1967. Entrevistada por la autora el 22 noviembre 2004 y 22 julio 2006.

R: Anjá /sic/, porque el guajiro que tiene una finca [...] tiene un campito de caña, tiene dos campitos de caña y el guajiro no busca(ba) tractor, no buscaba nada, pero según cortaba la caña de su finca, agarraba una yunta de buey y empezaba a darle las labores culturales que te estoy diciendo a los camellones de la caña [...] Cuando salía el retoño, empezaba a aporcar esa caña, o sea, a arrimarle tierra –igual que se le hace a cualquier otro cultivo– y de ahí para adelante empezaba a echarle su fertilizante, a limpiarla (a mantenerla limpiecita), y el campesino en un pedacito de tierra, mayormente (casi siempre) tenía mejor caña que el Estado...

Por otra parte, ¿cómo esperar de ella una concepción más elaborada del concepto de cultura si los propios científicos sociales en ocasiones no comparten –quizás porque no le han dedicado suficiente atención- el concepto etnográfico de cultura, equivalente a todo un estilo de vida que con el cierre del central resulta quebrado? ¿Cómo hacerlo, si a menudo en la literatura especializada, encargada de comunicar las políticas culturales, se utiliza un concepto de cultura equivalente a las acciones que desde la institución rectora principal se realizan para la recreación, y no como indicador de una labor de construcción social de mentalidades y procesos?

Esas dos personas, nacidas en el central dentro de la Revolución y formadas de acuerdo al proyecto socialista, emigraron en busca del futuro fuera de las fronteras cubanas porque su tiempo personal entró en disonancia con el tiempo social concebido desde una perspectiva política y macroeconómica de mediano y largo plazo. Era la existencia misma de ese mundo, la tradición aprendida y conservada, sentida y compartida, el trabajo invertido en una construcción comunitaria y productiva, lo que con el cierre del central se estaba perdiendo. Su mensaje angustiado, más sentido que expresado en palabras, fue lo que recogí en aquellas entrevistas iniciales, y no el del triunfalismo político con la vista puesta en el futuro lejano, pasando por encima del dolor de las personas reales en busca del número en la estadística de crecimiento económico nacional.

De alguna manera el conflicto planteado desde la dimensión biográfica –y no tanto las lecturas eruditas, aunque también las hice- está en la base de todo mi aprendizaje sobre el mundo azucarero de la última década y un poco más, de la capacidad para descubrir los cambios mediante la observación, y seguirlos en su trayectoria; también está en la base de esta filosofía sobre la transformación del mundo azucarero cubano de la modernidad que intento exponer. A esos hombres y mujeres formados por y para la Revolución y a algunos

mayores integrados también, debo el aliento de lo que hoy tengo en construcción para seguir adelante y devolver a mis sujetos algo de lo que aprendí.

Segundo estudio. La perspectiva comunitaria. Aprendizajes.

Años después vino un segundo experimento de “terreno”, como le llaman los antropólogos, donde trabajé con un colaborador, el geógrafo Manuel Alvarez Muñiz, que aceleró el proceso de entrevistar, transcribir y procesar materiales. Avancé con rapidez, pero me faltó inicialmente la confianza de la comunidad, demasiado distanciada en el tiempo de la coyuntura de cambio. Esa es la razón por la que necesité otros cuatro años para integrar los conocimientos de ambas experiencias en un discurso más general, aunque sin perder el contacto con la realidad fenoménica que les dio origen.

Fue en los últimos meses del año 2013 cuando llegamos por primera vez al otro central. Habían transcurrido once años desde el 2002. La fábrica había sido demolida al 100%, la vida social comunitaria había invadido sus espacios y apenas quedaba huella del que fuera uno de los centrales más importantes de la región occidental del país. Las dos torres (Foto 7), erguidas como símbolo sugerentemente fálico de un pasado que por voluntad política había dejado de existir, estaban rodeadas de maleza, de casas improvisadas y corrales de animales.



Foto 7: Dos torres

A principios del 2015, después de casi dos años de visitar semanalmente la nueva comunidad sin encontrar alojamiento en ella y ciñendo la búsqueda a unas pocas técnicas (observación, redacción de notas de campo, conversaciones informales y una reunión de vecinos), la perseverancia y el intercambio de servicios premiaron nuestros empeños con la amistad de un poblador dispuesto a servirnos de introductor en la vida y el imaginario de la

colectividad. Fue gracias a él, a su confianza, como logramos ¡por fin! las mejores entrevistas.

En una reflexión recogida en el diario de campo de la investigación respecto a lo que había sido el central, ya desaparecido, figura una reflexión referida a un interesante encuentro con un grupo de ingenieros de una de las cooperativas:

En esa conversación volvimos a escuchar hablar del deseo que muchos tienen de que haya un central en la zona, de que se fomente otro que asuma las cañas de los grandes y experimentados productores y de esa tierra de privilegio para la siembra de caña. Evidentemente, después de hablar con varios de estos hombres jóvenes bien preparados (unos 40 años como promedio quizás), entiendo mejor lo que he escuchado tantas veces sobre la importancia de aprovechar la experiencia acumulada, la sabiduría ancestral de estos productores respaldados por varias generaciones que realizaron el mismo trabajo. En el ancho de la carretera y las dimensiones de los espacios, la acumulación de equipos automotores modernos comprados con fondos de la cooperativa, se ve la huella del antiguo esplendor de la zona (Vera, 2015).

Entre las historias recogidas en entrevistas y conversaciones informales con los vecinos aparecen retazos de referencias a cómo fue ejecutada la orden de cerrar el central, quién lo hizo, cuándo se produjo, qué aciertos y errores hubo en el camino, cuál director trabajó mejor y cuál peor, opiniones sobre lo que se debió dismantelar y lo que no, de cómo se vendió la maquinaria como chatarra y se invirtió la ganancia en crear una granja para criar animales y producir alimentos, y cómo en reestructuraciones sucesivas de las nuevas empresas creadas al transferir las propiedades del antiguo Ministerio del Azúcar (Decreto-ley número 287-2011, “De la extinción del Ministerio del Azúcar”) el formidable impulso inicial cayó en tierra de nadie y acabó por desaparecer sin dejar rastros. Los testigos hablan también de cómo los camiones cargados de chatarra llegaban vacíos a los lugares de destino, sin que nadie se responsabilizase con el paradero de la carga. Son detalles económicos a menudo sórdidos sobre sujetos de responsabilidad cuestionable, de cuya verosimilitud o credibilidad sería difícil dar fe, pero que reflejan la falta de transparencia y legalidad que los narradores presenciaron, tan distante del ideal desarrollista de todo el proyecto de reconversión expuesto en el 2002.

Lo que me interesa de todo esto es el problema cultural derivado del desorden económico que se relata y la desidia evidenciada en ciertas acciones de autoridades transitorias. Propongo entender todo eso como un problema que trasciende la inmediatez de

lo cotidiano y repercute en el plano emocional de los actores, en su ideología, en su sentido de identidad y por lo tanto también en la cultura.

La reflexión de una colega al leer el informe administrativo con que culminé la investigación, me indicó una pista merecedora de atención. Invocando un ensayo sociológico (Lazarsfeld, Jahoda, Zeisel, 1981) clásico sobre el cierre de una fábrica en Austria a principios de los años 30 del siglo XX, la colega compara la actitud de derrota de los azucareros entrevistados con las actitudes asumidas por los trabajadores austriacos, miembros de una sociedad capitalista donde es la norma que los propietarios sean totalmente ajenos a la vida e inquietudes de los obreros; ella observa una disociación entre los patronos nacionales, a veces todavía bastante paternalistas, y los propietarios extranjeros o distantes. En este sentido identifica la expectativa de los obreros respecto a que el Estado encuentre una solución nacionalista a favor de los obreros y de la comunidad, pero –señala- ellos no esperan afecto del Estado. Sin embargo, en el caso de los centrales cubanos, donde el Estado combina los roles de patrono, propietario, decisor y árbitro, los trabajadores parecen expresar una expectativa de afecto, de preocupación por el sufrimiento, de conciencia sobre el valor del patrimonio local, de humanismo, por parte de los dirigentes. Y termina: “Pienso que hay que interrogar a esta expectativa como un producto particular de la historia revolucionaria de Cuba, por su carácter paternalista, quizás como un resultado de la relación que Fidel tenía con la gente”.

Debo reconocer que, en efecto, la perspectiva del “otro”, desde donde ella analiza el problema puede facilitar el distanciamiento y la valoración de actitudes asumidas por los trabajadores quienes, en su condición de ciudadanos comprometidos con el proyecto social y a la vez afectados por una decisión política, expresan un sentimiento de esperanza frustrada acorde con expectativas de protección no cumplidas del todo, a pesar de que el cierre vino acompañado de la Tarea Alvaro Reynoso. La mencionada Tarea estaba dirigida a garantizar el reciclaje de capacidades de los trabajadores desempleados, pero también como parte de ella se incluyó el impulso a la agricultura sostenible para sustituir importaciones, y la reelectrificación del país, que decretó el recambio -total- de los vetustos equipos electrodomésticos que habitaban las viviendas de los cubanos, en un esfuerzo que me recordó la antigua leyenda infantil de la lámpara maravillosa, donde un vendedor de lámparas propone la sustitución de lámparas viejas por nuevas para encontrar a la que contenía al

genio. La iniciativa sin duda trajo la felicidad a muchas familias e hizo olvidar otros dolores. Fue una campaña masiva, en el mejor estilo de las prácticas paternalistas que colmaron de esperanzas a la mayoría de los cubanos en toda la etapa fundacional de la Revolución.

Como último aspecto quisiera referirme al sentido contestatario que siempre tiene la historia oral en tanto trabaja preferentemente con versiones y visiones de sujetos no hegemónicos, una práctica contrapuesta y en ocasiones complementaria de las prácticas profesionales más comunes entre los historiadores. Me sumo con estas reflexiones al gremio de los historiadores orales del continente quienes, como señala Pozzi (2012), han elegido participar en la labor transformadora del mundo que les rodea, una elección que yo haría extensiva a los científicos sociales cubanos, para quienes la principal misión es asumir el rol de conciencia crítica de la sociedad que les corresponde.

En esta clase de trabajo la entrevista biográfica y la temática son, como se sabe, trabajos a cuatro manos donde el profesional se somete a la autoridad del narrador respecto a los criterios vertidos, pero no a la selección del material resultante del trabajo conjunto. En este sentido, son los principios éticos reguladores de la actividad profesional los que rigen la elección del grado de compromiso explícito en el texto final, donde es el resultado de la intersubjetividad la principal aportación al conocimiento.

Para concluir. En el debate aún vivo entre un discurso oficial de buena fe pero entrampado en la incomprensión raigal del significado de la cultura azucarera y sobre todo en la impreparación profesional generalizada para entender de qué se habla cuando de cultura se trata, frente al avance irreversible de la investigación cultural, he llegado a la conclusión de que no basta con sentirse parte de esa cultura para entender en profundidad el porqué del empeño en volver una y otra vez a analizar el impacto del cierre de centrales; hace falta romper con el dogma de la perspectiva tradicional sobre la cultura, cuantitativista y generalizadora, y abrirse para escuchar esas otras voces que vienen “desde abajo”, desde el costado o más bien de cualquier parte, no importa, para acabar de permitir la entrada de los nuevos aires aportados por la perspectiva biográfica; para entender qué estamos hablando y empezar a trabajar de conjunto en el proyecto socialista nacional, pasando por encima de tanto cuestionamiento banal y superando contradicciones sociales que parecen profundizarse.

La modernidad de la cultura azucarera tradicional, que comenzó con el siglo XX entró, con la Resolución 77/2002, en una nueva etapa de modernización. No es volviendo al pasado

de la agricultura ecológica tradicional de tracción animal, ni olvidando el pasado inmediato, como nuestra actual industria azucarera podrá saltar a una etapa tecnológicamente superior, ni lograr una participación consciente y económicamente favorable de los trabajadores, sino conociendo en profundidad lo sucedido, desarrollando la capacidad crítica de todos los actores sociales involucrados para descubrir los errores, reconocerlos, aprender de ellos y así capacitarnos para diseñar entre todos una estrategia liberada del presentismo que tanto mal puede hacer.

No se trata únicamente de señalar errores a unas políticas sociales sustentadas en un paternalismo que pudo ser terapéutico para una sociedad demasiado lastrada por el infortunio, sino de acabar de encontrar respuestas contemporáneas a las actitudes de acomodamiento, herederas de un colonialismo cultural aún no superado, de superar la tendencia a esperar que las buenas soluciones lleguen desde fuera, con el internacionalismo, la ayuda solidaria, o las inversiones extranjeras, sino de asumir con responsabilidad un destino que corresponde transformar a todos los comprometidos con el futuro del proyecto social cubano.

Bibliografía citada

Abrams, L. (2010). *Oral history theory*, London, England: Routledge.

Castro, F. (2002). *Discurso pronunciado por el Presidente de la República de Cuba, en el acto inaugural de los Cursos de Superación para Trabajadores Azucareros, en áreas del central "Eduardo García Lavandero", en el municipio de Artemisa, el 21 de octubre del 2002*. Cuba: Versiones Taquigráficas - Consejo de Estado. Recuperado de <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/2002/esp/f211002e.html>

Dore, E. (2013). ¿Cómo leer (y cómo escribir) la historia oral? *Historia, Voces y Memoria. Revista del Programa de Historia Oral*, (5).

Lazarsfeld, P., Marie J., y Hans, Z. (1981). *Les chômeurs de Marienthal*. Paris, Francia : Les Éditions de Minuit.

Pozzi, P. (2012). *Los desafíos de la historia oral en América Latina*. (S. L.).

Rosales del Toro, U. (2004). Cuba tiene posibilidades de ampliar, de ser necesario, su producción azucarera. *Granma*. p. 3.

Vera Estrada, A. (2012). *Guajiros del siglo XXI*. Habana, Cuba: Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello.

Vera Estrada, A. (2015). *Diario en bruto 2013-2015*.